

<<Es imposible, murmuraba Exequiel: ella pura como los ensueños de una vírjen, es incapaz de cometer un crimen tan horrible, un delito tan horrendo, cuyo pensamiento solo me hace estremecer>>.

Aquel hombre, de mirada dulce y dolorosa, habia recibido un golpe tremendo en la fibra mas delicada de su corazon de esposo amante; solo unas cuantas frases escritas por un infame mujer, habian bastado para abrir un abismo entre él i la pobre Lidia, su jóven y candorosa esposa.

En una mano estrujaba aquel papel maldito, que ese dia habia recibido; tenia ahí sobre la mesa que se apoyaba el arma que él quería le arrancara la vida, dejando así la desolacion i el llanto en el tranquilo hogar testigo de la dicha no perturbada de que disfrutara aquel matrimonio. Si Exequiel, el hombre desesperado, hablaba solo como lo hiciera un idiota, era porque la paz de su espíritu i su felicidad habia sido destruida en pocas horas por una horrible carta que arrojaba sobre la honra de Lidia, un negro borrón. Aquella delacion , escrita por mano criminal, era la que contenia el papel que el deventurado esposo arrugaba en sus manos con opresión nerviosa, i que decia así:

<<Mi buen Exequiel: Perdóname que rompa el lazo de cariño que te une a tu esposa. Solo por mí puedes saber esta verdad tan amarga; pero que es forzoso que no la ignores, para que asi castigues a la ruin culpable que se burla de tu buena fé>>.

<<Hasta hoi has creido a Lidia una santa mujer; ignorante de su falta solo has sido su esposo modelo; pero ella, indigna de un hombre igual, ha manchado tu honra i ha profanado la felicidad del matrimonio violando así el juramento hecho ante Dios. Increible parecerá todo lo que has leido, pero ¿qué si no el deseo de que no estés ignorante puede guiarme al hacer esta declaracion?

<<Yo, durante el tiempo que he vivido en tu casa he profesado a Lidia un cariño de hermana, i él es el que me induce a comuniártelo todo, como el único foaro de salvacion para ella>>.

<<En el jardin tienen lugar las citas de Lidia con tu indigno rival, que es un apuesto jóven extranjero que ha empleado para engañar sus mejores armas: la astucia i la perfidia>>.

<<Ahora pues, Exequiel, que todo lo sabes, puedes determinar el castigo que le corresponde al crimen enorme de la esposa infiel; solo te ruego guardes el secreto de esta condifencia i no se lo descubras a Lidia.

-Tu amiga sincera-. RAQUEL.

Ahora bien ¿tenia razon el pobre hombre para estar medio loco con semejante denuncia? El, cuyo amor por Lidia rayaba en adoracion, habia recibido aquel golpe recio como la bala que le atravesara el corazon. Todo terminaba para su infortunada existencia desde el momento; la vida le parecia mezquina i detestable; ella habia sido su ánjel de consuelo i ahora después de descubierto su deshonor, solo le restaba morir.

¿Quién era la autora de aquella carta maldita?

Era Raquel, la amiga inseparable de Lidia, la criada al lado de ella cuando niña, la acompañaba aun, despues de su matrimonio con el honrado i amante Exequiel.

¿Podria entónces desconfiarse de la veracidad de las palabras de ella que amaba a Lidia, i deseaba solo su dicha? Abierta ya la enorme barrera que separaba eternamente a

aquellos seres, solo se esperaba el término fatal; después de la comedia horrible estaba el desenlace, así al menos lo esperaba aquella mujer causante de todo aquello.

El pálido rostro de Exequiel estaba surcado de llanto ¡pobre hombre! La muerte habría sido menos amarga que esos instantes de atormentadora duda y terrible ansiedad.

-¡Dios mío! Esclamó de repente con los ojos fijos en el suelo, por qué atormentas las horas de mi vida de esta manera?

<<Lidia! Yo he sido para tí el esclavo de tus caprichos, yo que a costa de mi propia existencia te di la dicha ¿por qué me has correspondido así? Convencido de la aterradora realidad, se me presenta un porvenir oscuro y sombrío, tú eras mi esperanza, mi idolatría, mi divinidad, y al perderte la muerte calmará mi angustia>>.

<<Sí, voy a morir dentro de pocos instantes, voy a morir sin que tus labios se posen por vez última en mi frente, porque el beso de ellos está maldito y manchado por el crimen ¡Voy a morir sin que mi agonía sea calmada por tus tiernas frases porque con ellas no se ha de deleitar el marido fiel de la infame traidora. Ah! Cómo te guardaba la esencia de un amor sublime e ideal en el santuario del corazón, y ella ha sido cambiada súbitamente por el veneno de un rencor eterno que no arrancará la muerte en la que voy a buscar alivio>>.

<<Yo que te adoré con un amor loco e insensato, te odio ahora con un odio sobrenatural; pero como voy a morir, espero allá en las regiones de lo ignorado donde te preguntaré, pérfida esposa, mujer sin corazón, qué has hecho de mi fe y de mi vida?>>

Gruesas gotas de sudor brotaban de la frente de aquel infeliz.

Había en su rostro al hablar, así un conjunto de amor y de odio, de dulzura y de angustia: era el cruel desengaño recibido que le roía el corazón, profundizando en él una enorme herida que reflejaban el triste mirar de sus ojos y la amarga contracción de sus labios.

Todas sus ideas se resumían en lo mismo, en la conducta de su mujer, cuya indignidad comparaba con la ternura con que él había sabido amarla. Entonces no vio consuelo ni una sola esperanza; pensó solo en morir y abandonar a la infame causante de su desventura con cuya idea se había encerrado en aquel aposento donde pensaba poner fin a sus días. Iba a ser suicida; pero esto le parecía menos que la vergüenza de adorar a una mujer que así había correspondido a su amor.

-Moriré, dijo entonces, levantando la cabeza, moriré le dejaré escrita una carta; y el peor castigo a su ruindad serán atroces remordimientos que vivan en su menguada conciencia, si es que aun conserve algo de ella. Podrá entregarse a su crimen odioso después que muera, pero ya entonces no llegará hasta la deshonra de ella. Entonces cogió con un movimiento automático el arma que iba arrancarle la vida, la arregló cuidadosamente después, de lo cual lanzó un hondo suspiro. ¡Infeliz! Pensaba en aquellos instantes supremos en Lidia, su adorada mujer y la idea que al principio cruzara por su mente volvió a animarle.

<<I fue como un faro en una noche de tempestad, como un soplo de brisa en un día de verano...>>

<<SI fuera inocente, dijo entonces, si a pesar de todo me hubiera engañado>>

En aquel instante una puerta del cuarto se abrió y por ella penetró una mujer joven y hermosa, que anegada en llanto se arrojó en los brazos de Exequiel... Era Lidia, la esposa infiel!!!

<<Esposo mio, gritó fuera de sí, a ver el arma criminal, ¿qué vas a hacer o es que le has creído aquella calumnia?

I entónces el hombre desesperado al ver la dulzura del rostro de Lidia i su llanto todo lo olvidó. Pensó solo en su inocencia i en su dicha.

<<Mira, continuó ésta. Raquel ha muerto envenenada, la infeliz se ha suicidado no pudiendo resistir el grito de su conciencia que le decía: Tú has calumniado a tu amiga inocente>>

<<Entre los estertores de la agonía me ha contado, me ha confesado el secreto que guardaba en su corazon i que la mataba.>>

<<Ella te amaba desde ántes que fueras mi esposo, nuestro matrimonio fué para ella una muerte moral que mató las esperanzas que abrigaba su intenso e ideal amor; entónces solo vió una solución para ella, el que yo muriera. Ella me amaba como una hermana, llegó a ser infame, calumniadora i acusarme villanamente a tí. Comprendió demasiado que tú para castigarme me matarías; pobre amiga mia, de que manera se labró su desgracia! Cuando hubo comprendido todo el peso de su delito se desesperó i resolvió matarse i se enveneno>>. <<Pobre Raquel, perdónala Exequiel, mira que fué una desgraciada siendo testigo de nuestra dicha, ella era buena, su amor la trastornó hasta hacerla criminal>>.

Era, Lidia la mujer calumniada, la que hablaba así, ella cuya abnegación llegaba hasta borrar el delito de su amiga, i pedir perdon para ella a su esposo. Lidia la amiga i la esposa noble.

<<I ahora continuó, vamos, esposo mio a orar para que Dios la perdone tambien>>.

<<Exequiel habia escuchado este triste relato medio petrificado por el asombro. Cuando ella hubo terminado, la estrecho en sus brazos murmurando: <<La perdono a Raquel, pero perdóname tambien, amor mio, que haya dudado de tí; Dios mio perdóname que haya creído culpable a la mujer mas digna, el ánjelmas perfecto.....>>

Oscila la luz de los cirios que alumbraban el cadáver de la infortunada Raquel. Entre el negro de su fúnebre sayal brilla el cristal de una lágrima que allí dejaron Lidia y Exequiel perdonándola. En los lívidos y yertos, labios de la muerta parece vagar una sonrisa desde que sus víctimas dijeron junto a ella : <<Te perdonamos>>.

I aquellos dos, seres felices como ántes, recordadn con amor i respeto a la infeliz que habia buscado en el veneno la muerte como único alivio - pesar que laceraba su corazon en el que había albergado un amor puro i sublime, pero imposible, que la había hecho desgraciada!!!

Lucila Godoy A.

La Compañía, Diciembre de 1904.